

FESTIVIDAD DE LOS APÓSTOLES PEDRO Y PABLO

Homilía de monseñor Marcelo Raúl Martorell, obispo de Puerto Iguazú en la festividad de los apóstoles Pedro y Pablo (29 de junio de 2007)

Estos son los que mientras estuvieron en la tierra, con su sangre plantaron la Iglesia: Bebieron el cáliz del Señor y lograron ser amigos de Dios.

La Iglesia une en una sola festividad las figuras de los Apóstoles Pedro, jefe de la Iglesia, y Pablo, Apóstol de los Gentiles, uno y otro son el fundamento de la Iglesia plantada con la fatiga de su predicación incesante y fecundada con el martirio.

En la primera lectura, Pedro corre la misma suerte que su maestro, encarcelado porque esto agradaba a los Judíos; pero no puede ser de otro modo pues el "discípulo no está por encima de su maestro" (Mt, 10,24). Ya se lo había anticipado Jesús, "Si me han perseguido a mí, también lo harán con vosotros" (Jn. 15,20); pero a Pedro no le había llegado la hora final "La Iglesia oraba insistentemente por él" (Hc. 12,5) y finalmente un Ángel del Señor se le presentó y lo liberó.

Pablo también es presentado por la liturgia de hoy entre cadenas, pero para él serán definitivas, pues terminarán con el suplicio y la muerte. El Apóstol que sabe esta realidad no denota amargura, pues sabe que ha cumplido con su misión que es desgastar su vida por Cristo. "Estoy a punto de ser sacrificado (...) he combatido bien el buen combate, he corrido la buena carrera, he mantenido la fe. Ahora me aguarda la corona merecida" (Hc. 6-8).

Los dos Apóstoles en cadenas atestiguan que sólo es verdadero discípulo del Señor el que sabe afrontar por él las tribulaciones y persecuciones, y hasta el mismo martirio.

Ellos saben que en las vicisitudes el Señor no los abandona, interviene en su ayuda para salvarlos de los peligros –como cuando fue liberado de la cárcel– o para sostenerlos en sus dificultades, "El Señor me ayudó y me dio fuerzas... El Señor seguirá liberándome de mal, me salvará y me llevará a su reino del cielo (Ib 17-18); no nos olvidemos que para el discípulo como Pablo el mismo martirio es una liberación: más aún una liberación definitiva que a través de la muerte lo introduce en la gloria del cielo.

En el Evangelio de hoy se nos muestra la magnífica profesión de fe de Pedro y la respuesta del Señor (Mt. 16,13-20) "Tú eres el Mesías el Hijo del Dios vivo" y Jesús le responde "Tu eres Pedro" y como reflejándose en el discípulo que ha reconocido su misterio y lo ha manifestado, lo hace partícipe de los poderes que él posee y piedra angular de la Iglesia "Te daré las llaves del Reino de los Cielos" y le confiere la potestad divina de atar y desatar. Pedro no comprende inmediatamente estas palabras del maestro, las irá entendiendo progresivamente a través de su intimidad con Jesús y la experiencia dolorosa de su fragilidad y el rechazo del Maestro por su protesta frente al anuncio de su Pasión, o cuando la mirada de Jesús le haga descubrir toda su vileza. Pedro comprenderá estas palabras por la intuición de que el secreto radica en la íntima unión con Jesús, entonces comprenderá lo que

significan las palabras "apacienta mis ovejas, apacienta mis corderos" (Jn. 21,15-16).

Comprendida su misión en la tierra, Pedro mismo instruirá a los creyentes sobre lo que esto significa, la intimidad con el Maestro, y su puesto en la tierra: "acercándoos a él, piedra viva... también vosotros como piedras vivas entrad en la construcción de un edificio espiritual" (1 Pe. 2,4-5)

Como las prerrogativas de Pedro siguen siendo las del Papa, así las de los cristianos de hoy deben ser como la de los primeros cristianos. Unidos a Cristo "piedra viva" y a su Vicario "piedra fundamental", también los fieles de todos los tiempos son "piedras vivas", destinados a edificar y a sostener la Iglesia. Y esto mediante la oración continua por el Papa, Vicario de Cristo, -a imitación de los primeros cristianos que oraban por Pedro encadenado- mediante el ofrecimiento de "sacrificios espirituales" concretados en una fidelidad plena al Evangelio, a la Iglesia y al Vicario de Cristo, a pesar de las dificultades y persecuciones, confiando en lo que él dijo "las puertas del infierno no prevalecerán" (Mt. 16,18).

Mons. Marcelo Raúl Martorell, obispo Puerto Iguazú